

frir y siempre sonreír», en la última fase de su enfermedad (la tuberculosis) y ya sin energías, se esforzaba en andar por el jardín. Se le preguntó el por qué de aquellos esfuerzos y contestó: «Ando por un misionero. Pienso que allá lejos tal vez algún misionero se sienta agotado por sus correrías apostólicas y ofrezco mis fatigas al buen Dios, para disminuir las suyas».

212. *Eva Lavalère* nos da ejemplo de resignación en el dolor momentos antes de una operación escribe al Padre Chasteigner: «Estoy y continuaré gravemente enferma hasta que muera, y no pido el milagro, porque conozco el valor del sufrimiento voluntariamente aceptado; sé que cuanto Dios permite es siempre lo mejor».

213. *Juan Pablo II* habla con frecuencia del mérito del dolor, y cuando fue internado en el hospital «Gemelli» porque unas balas enemigas atravesaron su cuerpo, se dirigió a los enfermos exhortándoles a unir sus dolores a los de Cristo Redentor, y les dijo: «Deseo dirigirme hoy, de modo particular a todos los enfermos para hacerles llegar, yo, enfermo como ellos una palabra de consuelo y de esperanza. Cuando inmediatamente después de mi elección a la cátedra de Pedro, vine a hacer una visita al policlínico Gemelli dije que deseaba

apoyar mi ministerio papal, en los que sufren». Y luego les habló de la eficacia del apostolado del sufrimiento, «aceptado en unión con Cristo que sufre». Y otro dijo: «Hermanos, que sufrís, ayudad con la oración y con el sacrificio de vuestros sufrimientos a los que están enfermos del alma. A veces ni lo saben, ni se dan cuenta de lo enferma que está su alma inmortal. Han adormecido su conciencia y endurecido su corazón. ¡Ayudadlos a despertarse!...

214. Sufrir y no hacer sufrir, he aquí el gran lema de la santidad. En la mano tienes tus armas invencibles: «Sufre, calla y ora». «El padecer por amor, es muy dulce padecer» (Pernán). «Si quieres que los demás te sufran, sufre tu a los demás» (Kempis).

215. «¡Cuántas cosas sufrimos por no haber querido sufrir una! y ¡cuántos malos pasos se siguen de un mal paso!... Para subir al honor de los altares, no tendrás que sufrir más de lo que sufres, sino «sufrir de otra manera». Llevar una astilla clavada en el corazón y hablar de otra cosa, es hazaña de fuertes. El ministerio del dolor humano se esclarece contemplando el misterio del dolor divino (Gar-Mar).

Trabaja... No estés ocioso

216. El hombre ha nacido para el trabajo, como el ave para volar (Job 5,7). El trabajo es una ley «universal» que pesa sobre la humanidad, y es una ley *penal* impuesta por Dios como castigo del primer pecado: *Con el sudor de tu rostro comerás el pan todos los días de tu vida...* (Gén. 3,19).

217. El trabajo es hoy una ley *santificadora*, una ley preservadora del mal, pues si el trabajo no nos ocupa, nos ocupará la ociosidad, manantial y origen de todos los vicios.

218. Has de trabajar; ¿qué es más duro, trabajar maldiciendo la necesidad que te obliga a ello o trabajar alabando a Dios que te ha creado para esta suerte? Una sociedad compuesta de eternos trabajadores sin tregua ni descanso en sus trabajos, no sería ni culta, ni cómoda, ni bella. El trabajo excesivo embrutece, como la excesiva holganza (Sardá y Salvany).

219. Ocupaos siempre en algo para que el demonio os encuentre siempre ocupados, pues el perezoso está lleno de malos deseos... ¿Te horroriza el trabajo? No es coronado el atleta que no suda... Mejor se hace el trabajo si se

mira a la utilidad que reporta... Hay que trabajar, pero sin preocupaciones (S. Jerónimo).

220. Todo trabajo honrado y noble es agradable a Dios y puede ser un gran medio de santificación. El que no trabaja o trabaja mal y cobra como si trabajara, es un ladrón.

221. Mientras en tu trabajo manual pones las manos, pon tu pensamiento en Dios, y tu trabajo será fructífero... Trabajar por Dios; servir por Dios. Es lo único que da valor a las cosas. ¡Felices los que saben este secreto!

222. El que con buen ánimo acomete el trabajo, la mitad tiene hecho (Espinel). Para el hombre ocupado, no hay día largo (Séneca). Yo voy donde está el trabajo, y allí encuentro el descanso (Isidoro de Scete).

223. *El que labre la tierra tendrá pan abundante* (Prov. 28,19), y el que estudia, máxime los Libros Santos, se hará sabio, y también santo si practica las virtudes y rectos consejos que ellos inculcan.

224. Pasé junto al campo del perezoso y junto a la viña del insensato. Y todo eran cardos y ortigas que habían cubierto su haz... A su vista me puse a reflexionar: aquello fue para

mi una lección (Prov. 24,30). La mano perezosa empobrece, la diligente enriquece (Prov. 4).

225. El aburrimiento es una enfermedad cuyo remedio es el trabajo... Si no tienes un plan de vida, nunca tendrás orden... «El trabajo es arma poderosa contra el enemigo del alma» (S. Juan Bosco).

226. Jesucristo nos enseñó con su ejemplo la obligación del trabajo, fue iel obrero de Nazaret! al lado de San José, y «todo lo hizo bien» (Mc. 7,37), y en su vida pública nos enseñó con las parábolas de los talentos y de los obreros de la viña a no estar ociosos...

227. Los Padres de la Iglesia inculcan frecuentemente que amemos el trabajo, porque éste ennoblece, da salud, fortifica el cuerpo y el alma, excluye los vicios y hace germinar las virtudes, la inocencia, la paciencia, la fuerza. «En todas las obras buenas hay que ver como madre la diligencia (S. Agustín).

228. Nunca estés tan ocioso, que en la ociosidad no entiendas en alguna cosa de provecho; ni tan ocupado que no procures en la misma ocupación levantar tu corazón a Dios, y negociar con él (P. Granada).

Emplea bien el tiempo

229. ¿Qué es el tiempo? Es difícil dar una definición de él. Sabemos que hay tiempo pasado, presente y futuro. El pasado ya no existe, pasó para siempre; el futuro todavía no es; el presente es un instante que también va pasando. La esencia, pues, del tiempo consiste en pasar, es decir, en perecer constantemente. San Pablo nos dice: *El tiempo es breve..., el aspecto de este mundo pasa rápidamente* (1 Cor. 7,29 y 31).

230. Pablo VI dijo: El tiempo es la medida de los acontecimientos que se suceden. Es la medida de la vida presente, una medida que infunde temor, porque nos hace ver que el ayer no existe ya, que el mañana no existe todavía, que no existe más que el hoy; es más: existe tan sólo el instante presente.

231. Vivimos tan sólo sobre un puente movable o un solo instante fugitivo. Y esto nos lleva a vivir en razonable intensidad este instante actual, del cual somos únicos dueños, en el cual se da la única experiencia nuestra de la vida presente.

232. Esto nos enseña el valor del tiempo, nos enseña a no perderlo, a emplearlo en cosas

útiles y buenas, en cosas que dan sentido a la vida, su valor. Cada hora es preciosa, cada día es único, cada año vale por sí.

233. ¿Por qué vivimos? Vivimos en esta forma fugaz y efímera, para alcanzar una forma de vida plena y permanente: la vida eterna. Esta vida de hoy, si bien instantánea y pasajera, condiciona la vida del futuro más allá de la jornada temporal. Es una vigilia, una prueba. El Señor nos exhorta a aprovecharnos de nuestra jornada terrenal para alcanzar aquella otra sin ocaso (1-enero 1972).

234. La Sagrada Escritura compara el tiempo al *humo* que aparece en un momento y al punto se disipa (Sant. 4,14), y también lo compara a una *gota de rocío* que al levantarse el sol se evapora, a una flor que se marchita.

235. El hombre nacido de mujer vive corto tiempo, está repleto de muchas miserias; brota como una flor y se marchita (Job 14,1). El paso de una sombra es nuestra vida (Sab. 2,5).

236. El hombre nace, vive un momento y muere, y con su muerte debe su lugar a otro que pronto morirá también (San Agustín).

237. Los años pasan y se suceden... Pronto

pasará el actual y volveremos a empezar otro nuevo año, que pasará rápidamente. ¡Año nuevo, vida nueva! ¡Cuántas veces en nuestra vida hemos repetido y oímos repetir lo mismo! Pero ¿cambiamos de costumbres? ¿Empezamos de hecho a ser mejores? ¡Cuántos santos en futuro, pero pecadores en realidad!...

238. El tiempo no es más que una corrida hacia la muerte. Morimos cada día, porque cada día perdemos una parte de nuestra vida; creciendo, decrecemos, y partimos con la muerte el día que creemos disfrutar por entero. Así, al entrar en la vida, ya empezamos a andar hacia la muerte y a salir de la vida (San Agustín).

239. La vida es más breve de lo que juzgamos. ¿Has pensado que el sueño resta la vida? Dale el «necesario» al cuerpo, sólo el necesario!... El demasiado sueño, además de restar la vida, la corrompe... Lo cómo y muelle afemina y enerva. El tiempo que hemos vivido ya ha pasado, y el que nos queda de vida pasará en breve y pasará ¡para siempre! Piensa en esto: ¡Se vive una sola vez! ¿Por qué, pues, no pensar en deshacer errores y en evitarlos?

240. ¡Cuánto vale el tiempo! El tiempo, dicen los comerciantes, es oro, porque con él se

adquieran riquezas...; mas para el cristiano es más que el oro. Es moneda con la cual hemos de comprar el cielo. Bien empleado nos pone en posesión de Dios. El tiempo en si mismo, apreciado por horas y días y años no es nada; pero considerado como medio de adquirir la virtud y llegar a la eternidad feliz, es de un precio inestimable. ¡Cuántos días y quizá cuántos años hemos pasado pecando!... No basta ahora decir: Ya han pasado... Han pasado para nosotros, pero no ante Dios, y nos pedirá cuenta estrecha de ellos... Es necesario reparar tanto mal empleando en adelante mejor el tiempo...

241. Suceda lo que suceda, aun en los tiempos más borrascosos, las horas y el tiempo pasan. «¿Por qué no hemos de aprovechar los buenos momentos; ya que el tiempo pasa tan aprisa?» (Beethoven). La ocasión es como el hierro, se ha de machacar en caliente. «Las ocasiones ni buscarlas ni perderlas».

«Acordémonos de que el tiempo es corto y de que el juicio de Dios está a nuestra puerta» (S. J. Crisóstomo).

Pensemos en la eternidad

242. Este pensamiento fue constante en San Antonio M.^a Claret, y fue el que llenó la mente de Santa Teresa de Jesús desde niña, y así repetía: ¡Eternidad! ¡Eternidad! San Luis Gonzaga valoraba las cosas de este mundo a la luz de la eternidad, y así decía: «¿Qué es esto o qué vale con relación a la eternidad?»

243. La eternidad es una vida interminable, que existe toda en cada instante. Es una duración sin principio, sin fin y sin sucesión o movimiento (San Anselmo).

244. El tiempo se compone de horas, de días, de años y de siglos. La eternidad abarca todos los siglos, es decir, es ausencia de años, es lo interminable.

245. ¿Qué es la vida más larga? Unos 80 ó 100 años. ¿Y qué son 80 ó 100 años comparados con la eternidad? ¡Oh eternidad! ¡qué larga eres..., pues aunque se pasen cientos y miles de años, nunca tienes término! Todos estamos de paso y muy pronto caeremos en la eternidad como en un abismo sin fondo y sin orillas, en una duración sin fin. ¡Para siempre! La eternidad es doble: feliz o desgraciada. ¿Cuál escogeremos? *Estad preparados*, nos dice Jesucristo.

246. San Ambrosio dice: «Dormís y el tiempo que se os ha concedido, pasa». Pasa ciertamente, y muy veloz nos lleva a la eternidad. Pensemos y obremos diciendo: «Vivo para la eternidad».

No pierdas la juventud

247. La juventud es hermosa, y está muy expuesta a marchitarse pronto como la flor... y es también una edad muy difícil por ser la edad de las pasiones, que son a su vez difíciles de regir y de gobernar... Esta edad tan falta de experiencia y por ser muy inconstante en el bien se la ve expuesta a muchos peligros, y a buscar los placeres ilícitos que pronto tienden a marchitarla y envejecerla.

248. No hay que imitar a los jóvenes que emprenden un extraviado camino diciendo: Daré mi juventud al placer, al reposo y a las pasiones, y mi vejez a la penitencia, al trabajo de la virtud y de la salvación... ¡Qué peligro más espantoso abandonarse a los desórdenes, con la vana y ciega esperanza de una larga vida primero, y luego del tiempo necesario para la penitencia! Muchos quieren dar al mundo las primicias de la vida, y los desperdicios de ella dárselos a Dios en la vejez. ¡Cómo

si estuviera en sus manos el disponer del tiempo que Dios les está concediendo para merecer una eternidad dichosa!

249. Todas las edades pertenecen al soberano Dueño de todas las cosas; pero la juventud debe sobre todo ser de Dios. Los días de la juventud son las primicias de la vida, y siempre las primicias se han ofrecido al Señor. Las hermosas flores de la primavera, y ante todo las primeras son siempre las más agradables, las preferidas, las elegidas para ser presentadas a la persona amada.

Si «el joven, según los Proverbios, seguirá el camino que emprendió desde pequeño y no se apartará de él siendo viejo» (22,6), ¡cuán útil y ventajoso será acostumbrarle desde su juventud a la disciplina, a la mortificación, a la austeridad, a la paciencia, a la práctica de la virtud y en una palabra, al servicio de Dios!

250. ¿Cuál es tu camino actual? ¿Has pensado si Dios te llama por el camino de la virginidad o de una entrega al apostolado misionero, o por el contrario, sientes más inclinación al matrimonio? Dios no nos ha creado para ser solteros o casados precisamente, sino para darle gloria. Lo que debemos pensar es donde se la podríamos dar mayor (véase «Vocación», «virginidad, matrimonio», etc.).

251. La época de la juventud si no va bien encauzada, aunque empiece con ciertos entusiasmos seguirá siendo época de dudas, de angustias, de desórdenes... época de crisis!... Vendrán luego las preocupaciones por el porvenir que se presenta a veces oscuro... y lo que oscurece más su mente son las pasiones, si no las saben dominar a tiempo.

Bien creo que, si no sientes vocación a la vida religiosa e intentas contraer matrimonio, en el ambiente de las discotecas o centros parecidos no hallarás al joven ideal para casarte.

252. El presente de la juventud es el porvenir de la patria. ¡Joven! no seas holgazán...; aprovecha bien el tiempo para adquirir ciencia y santidad. El trabajo es virtud... Haz fecunda la edad de tu vida. Domina las pasiones. Ten presente que tu juventud pasa como la flor. ¡Juventud es primavera, que pasa y no vuelve más!

253. Los jóvenes que viven cristianamente admiran a las chicas castas, y jamás las seducen... Debes cortar ciertas amistades y diversiones a tiempo, y santificar tus conversaciones. Que Cristo viva en tus diversiones.

254. Joven, eres «reína» por el dominio de tus sentidos, por el adorno de tu pureza, vigila

para que no te conviertas en esclava... Cristo nos dice: Yo soy la Vida, el Pan de vida...». Acércate a Él, fuente de vida para no morir a la vida de la gracia.

255. Alégrate joven en tu mocedad; (si) sigues los impulsos de tu corazón y los atractivos de tus ojos, ten presente que de todo esto te pedirá cuenta Dios (Ecl. 11,9s).

La edad de la juventud y de los placeres pasa muy pronto... Jóvenes, que nadie os oiga hablar de torpezas o cosas impuras (Ef. 5,3). Servid a Dios desde la juventud.

256. Jesús dice a todos, especialmente a los jóvenes: «Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no anda en tinieblas» (Jn. 8,12). José, para no extraviarte lee el Evangelio para conocer bien a Jesucristo y ponte un plan de vida exigente. A un educador le oí: «Al joven, si se le pide mucho, da mucho. Si se le pide poco, no da nada».

257. Cuatro cosas hacen principalmente que la juventud sea la edad más expuesta a los peligros: 1) La juventud es muy débil e inclinada al mal; 2) es ignorante y sin experiencia; 3) se corrige difícilmente; 4) es muy inconstante en el bien... Joven, reflexiona, en tus dudas pide consejo...

Respeto a los ancianos

258. No desprecies las sentencias de los ancianos, que de sus antepasados las aprendieron ellos; porque así aprenderás doctrina y sabrás responder al tiempo oportuno (Eclo. 8,11-12). La corona de los ancianos es su rica experiencia, y el temor del Señor es su gloria (Eclo. 25,8).

259. Alzate ante una cabeza blanca y honra la persona del anciano (Lev. 19,32). La fortaleza es gloria de los jóvenes; el ornamento de los ancianos es la canicie (Ecl. 11,9-11). Gloriosa corona es la canicie y se halla en el camino de la justicia (Prov. 16,21). Los años sin virtud hacen viejos, pero no viejos honorables. Sólo por el camino de la justicia, o sea, de la virtud se llega a una vejez honrosa.)

260. La honrada vejez no es de muchos años, ni se mide por el número de los días. La prudencia es la canicie del hombre, y la verdadera ancianidad es una vida inmaculada (Sab. 4,8-9). Lo que no se siembre en la juventud, no se recoge en la vejez (Eclo. 25,5).

261. En el triste ejemplo de Roboam (2 Cr. 10) debiéramos ver todos la necesidad de respetar a los ancianos y de atender a sus sabios

consejos. Cuanta mayor es la edad, mayor debe ser el respeto.

262. Habiendo visitado el soberano Pontífice Gregorio XV al Cardenal Belarmino, que estaba grandemente enfermo y era octogenario, éste le deseo largos años, y hasta su misma edad; pero el Papa le constó muy cuerdamente; deseo ser colmado y coronado, no con vuestros numerosos años, sino con los grandes méritos de vuestros años.

Pensamientos sobre las riquezas

263. En el Antiguo Testamento vemos que Dios da las riquezas (Eclo. 11,14ss) y que son estimadas, siempre que no supongan pecado (13,23). Las riquezas como don de Dios son buenas; lo que es malo es su abuso. El rico Epulón se condenó, no por ser rico, sino por haber usado mal de las riquezas. El Espíritu Santo nos dice: *Si abundan las riquezas, no apeguéis a ellas vuestro corazón* (Sal. 62,11).

264. La Biblia maldice sus abusos y también a los ricos que las retienen y se complacen en ellas (Is. 15,8; Amós 6,4ss)... La riqueza es una idolatría (Mt. 6,24; Col. 3,5)... Nuestros sentimientos debieran ser los de San Pablo:

Teniendo con qué comer y vestir, ya debemos estar contentos (1 Tim. 6,8).

265. Jesucristo llama «espinas» a las riquezas (Mt. 13,22), porque lastiman nuestra alma al clavarnos con los pensamientos que sugieren, que atormentan al arrastrarnos al pecado... Ellas sofocan la palabra divina...

266. Las riquezas son semejantes a la serpiente; el que las recoge sin mil precauciones, siente pronto que su alma está aprisionada y mordida (S. Clemente de Alejandría).

267. Desnudo he venido a la luz del día, y desnudo la dejaré; ¿Para qué he de sudar en vano, viendo que la muerte no me dejará nada? (Luciano).

268. Palabras de la Biblia:

No alleguéis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín la corroen y donde los ladrones horadan y roban... Atesorad tesoros en el cielo... Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón (Mt. 6,19-21). Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura (Mt. 6,33).

269. Y vosotros los ricos, llorad a gritos sobre las miserias que os amenazan. Vuestra ri-

queza está podrida... Vuestro oro y vuestra plata comidos del orín, y el orín será testigo contra vosotros... (Sant. 1-3).

¡Ay de los que añaden casas a casas, de los que juntan campos, hasta acabar el término, siendo los únicos propietarios... (Is. 5,8).

270. A los ricos de este siglo encárgales que no sean avaros, ni pongan su confianza en la incertidumbre de las riquezas, sino en Dios, que abundantemente nos provee de todo para que disfrutemos, practicando el bien, enriqueciéndonos de buenas obras, siendo liberales, dadivosos y atesorando para el futuro con que alcanzar la verdadera vida (1 Tim. 6,17-19).

271. Bienaventurado el varón irrepreensible que no corre tras el oro. ¿Quién es éste que le alabemos? Porque hizo maravillas en su pueblo (Eclo. 31,8-9).

* * *

272. Muchos son los parientes del dinero, y no del rico (Isócrates)... El que asiste a un moribundo con la esperanza de heredarle, es un buitres que vuela alrededor de un cadáver (Séneca). ¿Quieres ser rico? Pues no te afanes en aumentar tus bienes, sino en disminuir tu codicia (Epicuro).

273. El rico del Evangelio se preocupaba en construir graneros para su mucha cosecha y luego vivir muchos años (y no pensaba que iba a morir pronto y dejar sus bienes a otros)... Y San Basilio comenta: ¿Buscáis graneros? Ya los tenéis: esos graneros son el estómago de los pobres hambrientos.

274. La gloria de las riquezas no brilla en las mesas espléndidas, sino en los socorros distribuidos a los desgraciados. El verdadero rico de este mundo es el que vive contento. «Las riquezas afluyen a las manos de los que las distribuyen con largueza (S. Clemente de Alejandría).

275. El pobre a quien socorres te hará rico. Quien al pobre cierra la puerta, la del cielo no la hallará abierta. Cuando socorres al pordiosero, piensa: Estoy prestando dinero a Dios. El rico es semejante a un árbol cargado de frutos. Si los da, vale mucho; si los retiene, se pudre.

276. En nada perjudica al alma el cuidado de los negocios domésticos, si es moderado, y deja tiempo para la oración, la lectura y el recogimiento espiritual (S. F. de Sales).

277. ¿Os inquietan los tesoros? Dadlos a los pobres, y los volveréis a encontrar en el

cielo, en donde están completamente seguros (S. Agustín).

El que no puede llevar consigo lo que tiene, no es rico; porque lo que tenemos que dejar aquí en la tierra, no nos pertenece, es de los demás (S. Ambrosio).

278. No olvides el dicho de Jesucristo: *Hay mayor dicha en dar que en recibir* (Hech. 20,35). ¡Dichosos los que van experimentando esta felicidad al repartirse bienes en obrar que miran a la gloria de Dios!

279. Trátate como huésped y peregrino sobre la tierra, a quien no le va nada en los negocios del mundo... porque aquí no tienes domicilio permanente (Kempis).

280. Mis padres me han dejado una herencia, ¿qué hago con ella? Respondió el anciano: ¿Qué quieres que te diga?... Si te digo: «Dásela a tus parientes», no tendrás recompensa alguna. Si quieres oírme, dásela a los necesitados y te librarás de inquietudes (Un eremita).

281. El que da al pobre se parece al agricultor, que no pierde al dejar la simiente en la tierra, sino que saca diez veces más. He aquí un cambio que puede hacerse, un negocio: Dad pan, y recibiréis el paraíso; dad poco, y

recibiréis mucho; dad lo que es perecedero, y recibiréis lo eterno (S. J. Crisóstomo).

282. Las riquezas de la tierra no son verdaderas. ¿Qué son estas riquezas que os hacen recelar hasta de vuestro criado, sospechando que os las quite, os asesine y huya? Si fueran verdaderas riquezas, os darían seguridad (San Agustín).

El rico que tiene su corazón en las riquezas es incapaz de comprender y gustar las cosas del cielo.

283. Las riquezas son un manantial de placeres y de crímenes. El rico que tiene su corazón en las riquezas conducen al lujo, el lujo a la lujuria, la lujuria a la indiferencia, la indiferencia a la incredulidad, la incredulidad a la herejía, a la idolatría...

284. No seáis como el avaro. Dad amplia salida a las riquezas. Como se da paso al río caudaloso dividiéndolo en pequeños cauces para que riegue la campiña, haced que vuestras riquezas discurran también por distintos caminos y lleguen a la casa de los pobres. El pozo del que continuamente se saca el agua, la mana siempre cristalina; si se la deja en reposo constante, se corrompe. Esa es la imagen de las riquezas, que atesoradas son inútiles, pero

cuando se las mueve y pasan de unos a otros producen la comodidad y el bienestar común. Los hombres te alabarán, y sus alabanzas no serán sino un prólogo de las que ha de tributarle Dios (San Basilio).

285. Séneca dice: Podemos decir que los ricos tienen riquezas, como decimos que tenemos calentura; en cuanto que la calentura es la que nos tiene. Deberíamos, pues decir, de los ricos: las riquezas los tienen, los atormentan, los crucifican. El rico que creéis dichoso, se queja muchas veces, es desgraciado, suspira, gime y sufre: varios van detrás de él, como las moscas siguen la miel (Epist. 119).

Pensamientos sobre la limosna

286. La Sagrada Escritura y los Santos Padres de la Iglesia nos están diciendo a cada paso que seamos desprendidos en favor de los necesitados, porque *teniendo con que comer y vestir, ya debemos estar contentos* (1 Tim. 6,8).

287. El oro y la plata son bienes, no capaces de hacernos un bien, sino que se os han concedido para que hagáis bien con ellos... El rico no puede salvarse sin la limosna. Lo superfluo del rico pertenece al pobre; el que lo

guarda, guarda lo que no es suyo (San Agustín).

288. Veamos lo que nos dice la Escritura de la limosna:

Según tus facultades haz limosna, y no se vayan tus ojos tras lo que des. No apartes el rostro de ningún pobre, y Dios no los apartará de ti. Si abundares en bienes, haz de ellos limosna, y si estos fueran escasos, según esa tu escasez no temas hacerla. Con esto atesoras un depósito para el día de la necesidad, pues la limosna libra de la muerte y preserva de caer en las tinieblas; y es buen regalo la limosna en presencia del Altísimo, para todos los que la hacen (Tob. 4,7-11).

289. Cuando hagas limosna, no vayas tocando la trompeta delante de ti, como lo hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados de los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa. Cuando des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace la derecha, para que tu limosna sea oculta, y el Padre, que ve lo oculto, te premiará (Mt. 6,2-3).

290. Mejor es dar limosna que acumular tesoros; pues la limosna libra de la muerte y limpia de todo pecado. Los que practican la

misericordia y la justicia serán colmados de felicidad, mientras que los pecadores son enemigos de su propia dicha (Tob. 12,8-10).

291. Da de tu pan al hambriento y de tus vestidos al desnudo. Todo cuanto te sobrare dalo de limosnas, y no se vayan los ojos tras lo que dieres. Buena es la oración con el ayuno, y la limosna con la justicia. Mejor es poco en justicia que mucho en iniquidad (Tob. 7,16; 12,8).

Parte tu pan con el hambriento, alberga al pobre sin abrigo, viste al desnudo y no vuelvas tu rostro ante el hermano... Este es el ayuno que yo quiero... (Is. 58,7 ss).

292. El que da al pobre, no conocerá pobreza...; el que da al pobre, presta al Señor, y el Señor centuplicará sus bienes (Prov. 28,27). No apartes tu rostro de ningún pobre, parte tu pan con el hambriento, vestid al desnudo... No mires con malos ojos a tu hermano pobre. Debes darle sin que al darle se entristezca tu corazón, porque por ello Yahvé, tu Dios, te bendecirá (Dt. 15,7 s).

293. Honrando al pobre honramos al mismo Jesucristo, porque lo que hacemos a un pobre o necesitado, se lo hacemos a Él mismo. «*A mi me lo hicisteis*» (Mt. 25,40). Al pobre

hemos de hacer limosna, no sólo material: el pan, la leña, el vestido..., sino también el espiritual, que es más preciosa: perdonar una injuria recibida, enseñar al que no sabe, instruirle en el bien, darle buen ejemplo...

294. Seamos tan afables con el pobre como nos sea posible. El que tenga mucho que dé mucho; y si poco, dé poco; pero de buena gana. «Si tenéis más de lo necesario para comer y vestir, dadlo y sabed que lo superfluo no es vuestro y debéis consagrarlo al sostenimiento de los pobres» (San Jerónimo).

295. Hay varias maneras de dar: *dar simplemente* para salir del paso, sin mira alguna sobrenatural; *dar-negando*: «te doy esto que no debía dártelo», y es como si no se diese nada, porque ni Dios ni el prójimo lo agradece, y *dar-dando*, o sea, con alegría y satisfacción de poder prestar un servicio es dar dos veces. Hemos de pensar que al honrar al pobre honramos al mismo Jesucristo...

296. De San Cesáreo de Arlés es este pensamiento: «Existe una misericordia terrena, otra celestial. ¿Cuál es la misericordia humana? La que consiste en atender a las miserias de los pobres. ¿Cuál es la misericordia divina? Sin duda la que consiste en el perdón de los

pecados... Todo lo que da la misericordia humana en este tiempo de peregrinación se lo devuelve después la misericordia divina en la patria definitiva».

297. «Dios en este mundo padece frío y hambre en la persona de todos los pobres, como dijo Él mismo: *Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis*. El mismo Dios que se digna dar en el cielo quiere recibir en la tierra.

298. «¿Cómo somos nosotros, que, cuando Dios nos da, queremos recibir, y cuando nos pide, no le queremos dar? Porque, cuando un pobre pasa hambre, es Cristo quien pasa necesidad, como dijo Él mismo: *Tuve hambre, y no me disteis de comer*. No apartes, pues, tu mirada de la miseria de los pobres, si quieres esperar confiado el perdón de los pecados.

299. «Ahora, hermanos, Cristo pasa hambre, es Él quien se digna padecer hambre y sed en la persona de todos los pobres; y lo que recibe aquí en la tierra lo devolverá luego en el cielo».

Hay, pues, que practicar la misericordia terrena, si queremos recibir la misericordia celestial.

300. Nada trajimos al mundo y nada podemos llevarnos de él. En teniendo con que comer y alimentarnos y con que cubrirnos, estemos con eso contentos (1 Tim. 6,7-8). Si hemos nacido desnudos y desnudos partiremos de este mundo, ¿para qué tantas preocupaciones por acaparar y para que tantos trabajos en vano si la muerte nos despojará de todo? El verdadero rico es el que nada codicia.

301. Bienaventurados los pobres y los ricos, si tienen corazón de oro, pues podrán hacer felices a muchos necesitados (Gar-Mar). Desprende tu corazón de las cosas terrenas..., de esa dignidad... de aquellas riquezas que guardas... de aquella amistad no tan buena... de todo lo que te aparta de Dios, que es tu último fin, y entonces serás feliz.

Haz bien a todos

Haz fecunda tu existencia haciendo alegremente el bien. Que al morir no puedan decir de ti que pasaste por el mundo sin haber hecho nada (J. de Acti).

302. No volváis mal por mal; procurar el bien a los ojos de todos los hombres... Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene

sed, dale de beber; que si haces esto, amontonarás carbones encendidos sobre su cabeza; no te dejes vencer por el mal; al contrario, vence el mal con el bien (Rom. 12,17-22). Esto quiere decir que el amontonamiento de beneficios obligará al enemigo a dolerse y arrepentirse de sus malas obras, y avergonzado se acercará más a su hermano encendiéndose en amor hacia él.

303. Regla de oro: «Haced vosotros con los demás hombres todo lo que deseáis que ellos hagan con vosotros» (Mt. 7,12).

304. Es una gran virtud tener paciencia consigo mismo y, según las palabras del Señor, amar al enemigo que nos odia (Marcos Eremita). El amor no excluye a nadie; se extiende a todos, aún a los enemigos, según el mandato de Cristo: «Amad a vuestros enemigos» (Mt. 5,44).

305. No saber mostrarse bueno con los malos es una prueba de que no es uno bueno del todo. «El bueno no hiere a nadie, no injuria a nadie, no dice mal de nadie; todo lo contrario, dice bien de todos y a todos sirve» (S. Buenaventura).

306. Cuando veas a un hombre bueno, tra-

ta de imitarlo; cuando veas a uno malo, examínate a ti mismo.

307. Si quieres atraerte la simpatía de los demás, interésate por ellos y olvídate de ti. «Para conseguir lo que quieres, más te servirá la sonrisa que la espada» (Shakespeare).

308. Sólo son dignos de inmortalidad aquellos hombres que hacen un bien perenne a la sociedad humana, los que a su paso por la tierra han dejado encendidas luces que no se apagan jamás (Gar-Mar).

309. Hacer bien alegremente, es hacer doble bien. No hay finura mejor ni más deseable que la misma sencillez.

310. La verdadera bondad consiste en estimar y amar a la gente más de lo que merece. Haz el bien siempre, aunque sientas que no servirá de nada. Debes creer que ningún gesto es inútil cuando es honrado. Siempre germina en algún sitio.

311. Modera tus precipitaciones. Despacio se va más lejos, se hace más y se piensa mejor. Después de todo, sólo hay en el mundo tres cosas de valor: ser bueno, hacer el bien y manifestarlo con plácida sonrisa.

312. «No te canses de hacer el bien». Haz bien y no mires a quién, porque el que hace mal a otros, a sí mismo se lo hace y Dios no le bendice. Hacer mal es de corazones ruines.

No niegues un beneficio al necesitado cuando esté a tu alcance el hacerlo. No digas a tu prójimo: «Vete y vuelve, mañana te daré», estando en tu poder el atenderlo. No maquines ningún mal contra tu prójimo mientras él vive tranquilamente contigo (Prov. 3,27-29).

313. No esté tu mano extendida para recibir y encogida para dar (Eclo. 4,36). Presta a tu prójimo al tiempo de su necesidad, y devuélvele a su tiempo lo prestado. Cumple tu palabra y pórtate fielmente con él y en todo tiempo hallarás lo que necesites (Eclo. 29,2-3).

314. Para muchos el préstamo es un hallazgo, fastidian a quien los socorrió. Hasta recibir, besan la mano del que puede dar, y con voz humilde hacen promesas; mas cuando es tiempo de pagar piden espera, dan vanas excusas y echan la culpa al tiempo. Si paga, apenas pagará la mitad, y tendrán que darlo por hallazgo. Y si no paga, te quedarás sin tu dinero y te habrás hecho, sin buscarlo, un enemigo. Te pagará con maldiciones e injurias, y en vez de honor devolverá ultrajes. Muchos por esto

se niegan a prestar, pues temen ser robados en tonto (Eclo. 29,4-10).

315. Sin embargo, sé generoso con el desgraciado y no te hagas esperar la limosna. Por amor de la Ley acoge al pobre y en su necesidad no le despidas de vacío. Por amor del hermano y del amigo consiente en perder tu dinero, no dejes que se te enmohezca bajo una piedra. Hazte un tesoro según los preceptos del Altísimo (Eclo. 29,11-14).

316. Haz bien a todos, preferentemente a los más necesitados. Un bello ejemplo es el que dio el gobernador de Macao (año 1987) al tomar posesión de su cargo. Estas fueron sus palabras: «Como gobernador mi tarea fundamental será el bien común, sin excluir a ninguno; pero esto no quiere decir que yo no tenga preferencias, y mis favoritos son los marginados, aquellos a quienes jamás se consulta, aquellos que no cuentan en nuestro modo de vida egoísta. ¿Para qué sirve un enfermo incurable? ¿Para qué sirve un minusválido o un deficiente? ¿Para qué sirve un anciano? ¿Para qué sirven aquellos que únicamente causan molestias, gastos y trabajo? ¿Para qué sirven? Sirven para aquello que es más importante en el mundo, sirven para ser amados» (Este es un bello testimonio, una buena invitación a la re-

flexión y una esperanza para esos marginados).

317. Los pueblos pobres implicados en el mundo del narcotráfico necesitan ayuda y no sanciones (Juan Pablo II).

318. Jesucristo nos enseña a amar a nuestros enemigos y hacer bien a todos. Mas alguno dirá, viendo a un blasfemo, a un terrorista o criminal, a uno que calumnia: ¡Cuesta mucho amar a Jesús desfigurado en tantos hombres impíos! Es cierto. Pero Jesús que odia infinitamente el pecado, ama infinitamente al pecador... y sufre en sus miembros, porque los quiere ver santos. Imita a Jesús, ora por ellos... Cuando te cueste amar, piensa que Jesús vino a la tierra para enseñar a los hombres que no se odiasen, ni se matasen... El amor enseñado por Él es el camino más corto para ir al cielo...

Evita los pecados de la lengua

319. El que no peca con la lengua es persona perfecta (Sant. 3,2). ¡Dichoso el que no haya pecado nunca con su lengua! (Eclo. 25,8).

320. La muerte y la vida están en poder de la lengua (Prov. 18,21). El que guarda su boca guarda su vida, el que mucho abre sus labios busca su ruina (13,3).

321. En el mucho hablar no faltará pecado; el que refrena sus labios es sabio (Prov. 10,19). Muchos caen al filo de la espada; pero muchos más cayeron por la lengua (Eclo. 28,22).

322. El horno prueba los vasos del alfarero, la prueba del hombre es su conversación (Eclo. 27,6). Antes de oírle hablar no alabes a nadie, porque la palabra es la prueba del hombre (Eclo. 27,8).

323. La lengua revela el corazón del hombre. Por esta razón dijo Sócrates a un joven: «Habla para que te conozca». Y Jesucristo dice: «De la abundancia del corazón habla la boca» (Mt. 12,34).

324. El hombre es conocido enseguida por su lengua. Los que son del mundo y amigos de la tierra, hablan de cosas mundanas; los que tienen un alma celestial hablan de las cosas del cielo, de la virtud y de todo lo que ennoblece.

325. La lengua es un don de Dios. Con ella debemos alabar a Dios y no hablar mal de nuestros hermanos. Para hablar bien es necesario hablar poco, y «entre muchos hablar siempre poco» (Santa Teresa).

326. El pecado de la lengua es el más extendido y corriente entre los mortales, y si bien lo examinamos casi todos los males que nos azotan provienen de ella. De la lengua perversa provienen la mentira, el fraude, la doblez, el engaño, la maledicencia y la calumnia.

327. La garantía de que os escuchen, consiste en decir mucho en pocas palabras. Si tenéis algo que decir, decidlo y no digáis más. Saber hablar es un don de muchos; saber callar, sabiduría de pocos; saber escuchar, sabiduría de poquísimos.

328. No hablar nunca de sí a otros y, por el contrario, hablarles siempre de ellos mismos, he ahí el arte de agradar. Todo el mundo lo conoce y todos lo olvidan.

329. Pon tu confianza en los hechos y no te fíes de las palabras; en la vida encontrarás muchas personas que viven mal y hablan bien (Demófilo).

340. Maldice al murmurador y al de lengua doble, porque han sido la perdición de muchos que vivían en paz. La lengua maldiciente ha desterrado a muchos, y los arrojó de pueblo en pueblo (Eclo. 28,15).

341. ¿Sabéis cuál es la causa de la murmuración? El respeto humano, la ligereza, la envidia... ¿Dijo uno mal de ti? No digas mal de él, siquiera para no imitarle. Si oyes murmurar de otro, puedes decir: «No le ama» (Gar-Mar).

No te preocupes de lo que dicen o dejan de decir. «*El qué dirán*, mirado desde la eternidad se convierte en «*lo que dijeron*», es decir, a veces se convertirá en nada, pues no dijeron nada (Gar-Mar).

342. «Antes, cuando nos reuníamos y hablábamos alguna cosa de provecho para nuestras almas, nos elevábamos más y más y subíamos al cielo. Ahora nos juntamos y nos entretenemos en detracciones; y unos y otros nos arrastramos abajo» (Poemen).

343. El que refiere con empeño los defectos de otros, también referirá los tuyos; no le escuches. Un filósofo de la antigüedad dijo: «Me he arrepentido muchas veces de haber hablado, y jamás de haber callado».

344. Si te apartares de conversaciones superfluas y de andar ocioso y de oír novedades y murmuraciones, hallarás tiempo suficiente y a propósito para entregarte a santas meditaciones (Kempis).

345. La infernal máxima «di mal, que algo queda», es de una triste verdad; la calumnia deja señales por donde pasa... Las censuras son otras tantas ofensas a la verdad» (C. Arenal).

346. «Murmuración» es hablar mal del ausente. San Agustín poco partidario de ella, puso en su comedor este letrero: «Ninguno del ausente aquí murmure; antes quien piense en esto desmandarse, procure de la mesa levantarse».

347. El hombre debe ser pronto para escuchar, tardo para hablar, tardo para airarse (Sant. 1,19). ¿Has visto a un hombre que se precipita en sus discursos? Más se puede esperar del necio que de él (Prov. 29,20).

Estudia para ser sabio

348. Hay que adquirir cultura, hay que leer y estudiar mucho para adquirirla pero tengamos bien entendido que «el escribir o leer no es cultura, sino *medio de adquirirla* (C. Arenal), y por eso importa mucho la lectura asidua de los libros buenos y formativos, y sin olvidar el dicho de Séneca: «Filósofo, antes de estudiar el universo, estúdiate y conócete a ti mismo».

349. Los sentidos y pensamientos del corazón humano están inclinados al mal desde su adolescencia (Gén. 8,21), por eso se impone el conocimiento de nuestras malas inclinaciones, corregir todo lo vicioso que se nota en nosotros y evitar desde pequeños todo extravío, todo cuanto conduce al vicio y al error.

350. Instruye al niño en su camino, que aún de viejo no se apartará de él (Prov. 22,6), es decir, la senda por la cual empezó a andar esa misma seguirá también cuando viejo..., y por eso se impone el instruir a todos desde pequeños. Por eso el sabio dice: «¿Tienes hijos? Adóctrínalos, dómalos en su niñez» (Eclo. 7,21).

351. De entre todos los males que aquejan a la sociedad presente, ninguno más grave ni más profundo como el de la ignorancia religiosa (Pío XII), y bien podemos decir que el verdadero sabio es el que conoce a Dios, al Supremo Hacedor de cuanto existe y es causa primera de todas las causas.

352. La ciencia es sin disputa el mejor, el más brillante adorno del hombre (Jovellanos). Poca ciencia aleja muchas veces de Dios, y mucha ciencia conduce siempre a Él (Cacón).

353. «El principio», el fundamento o base sólida de la verdadera sabiduría «es el temor de Dios», o sea, la práctica de la religión (Prov. 1,7). Toda la sabiduría del hombre consiste en un solo punto, que es conocer a Dios y servirle (Lactancio). San Pablo la cifra en el conocimiento de Jesucristo y de Este crucificado (1 Cor. 2,1-2).

354. El sabio es el que ve las cosas tales como son en sí mismas (S. Bernardo), es decir, las cosas divinas como divinas, las humanas como humanas, y distingue las eternas de las transitorias...

355. ¿Cuál es la cosa más difícil, la más fácil y la más dulce en este mundo? *Tales*, uno de los sabios de Grecia, respondió: La más difícil es conocerse a sí mismo; la más fácil es dar consejos, y la más dulce es obtener lo que se desea.

356. Sólo el sabio retrocede para tomar el verdadero camino. Aquel que sabe todas las cosas como son, no como se dicen o estiman, es verdaderamente sabio.

357. En el alma maliciosa no entrará la sabiduría, ni morará en cuerpo esclavo del pecado (Sab. 1,4). Si alguno de vosotros necesita sa-

biduría, pídale a Dios, que da a todos con abundancia, y no echa en cara sus dones, y se la dará (Sant. 1,5).

PECADOS CAPITALES

358. ¿Qué es el pecado? «El pecado es la transgresión de la ley de Dios» (1 Jn. 3,4). Hay siete pecados o vicios que llamamos «capitales», porque son cabeza, fuente o raíz de todos los demás pecados, y el jefe de todos ellos es la soberbia.

1) Soberbia

359. La soberbia es un apetito desordenado de la propia excelencia, es decir, no estimar a los otros y querer ser preferido a ellos. El orgullo es el vicio opuesto a la virtud de la humildad, el cual es la señal más evidente de reprobación (S. Greg. Magno).

360. Del orgullo nace el desprecio de los pobres, la codicia del dinero, el amor del dominio y el deseo de la gloria. El orgulloso no puede sufrir ninguna prueba de ninguna parte que venga, ni de sus superiores ni de sus inferiores (S. J. Crisóstomo).

361 Como el orgullo es el principio de todos los crímenes, es también la ruina de todas las virtudes. El orgullo es el primero en la senda del pecado y el último en la del arrepentimiento (San Bernardo).

No permitas que la soberbia domine en tus pensamientos y palabras; la soberbia es el principio de todos los males (Tob. 4,14). Dios resiste a los soberbios y a los humildes da su gracia (1 Ped. 5,5).

362. El orgulloso cree saber hasta lo que ignora..., no quiere recibir lecciones ni consejos...; es terco...; por estas razones hay pocas esperanzas de verle convertido. El orgullo hace su propia voluntad, y la humildad hace la voluntad de Dios...

363. Por no haberse querido hacer discípulos de la verdad, los orgullosos han venido a ser maestros del error (S. Agustín). De todos los orgullosos el más insoportable es el que cree saberlo todo (Filomeno).

364. El orgullo es el complemento de la ignorancia (Fontenelle). Cuando el orgullo va delante, la vergüenza y el perjuicio siguen detrás (Luis XI de Francia).

365. La mayor necesidad del hombre es la soberbia... Y sentir ser despreciado del mundo es ser más soberbio que el mundo (Quevedo).

366. El orgulloso se conoce por cuatro señales: 1. El orgulloso cree no deber a nadie lo que posee... 2. Cree no deberlo más que a su propio mérito... 3. Se vanagloria de lo que tiene... 4. Desprecia a los demás, y desea que todos sepan que tiene mucho.

367. Mientras el orgullo da origen a las discordias y pleitos, la humildad es madre de la paz y de la concordia.

2. Avaricia

368. La avaricia es un pecado capital, fuente de muchos pecados... y causa de desavenencias. La fiebre del dinero es la idolatría de todos los tiempos...

369. Ser avaro no es sólo amar el dinero, sino perseguir algo con inmoderado ardor. Cualquiera que desee más de lo que necesita, es avaro (San Agustín).

370. El que quiera ser rico en Dios no amontone dinero para sí; antes, al contrario,

distribuya a los pobres el que posee... ¿Quién es el verdadero rico? El que nada desea. ¿Quién es el verdadero pobre? El avaro (San Beda).

371. (El avaro en su locura), amontona tesoros e ignora para quien los reúne (Sal. 39,7). Dejará sus riquezas a extraños y no le quedará más que el sepulcro (Salm. 49,11). Guardaos de toda avaricia, porque aunque se tenga mucho, no está la vida –la felicidad– en la hacienda (Lc. 12,15).

372. La caridad une a los hombres, el egoísmo los separa (Aparisi). La avaricia hace ocioso al hombre, la liberalidad lo hace amable (Boecio).

373. Monstruo ordinario es la avaricia de los viejos. «El que asiste a un moribundo con la esperanza de heredarle, es un buitre que vuela alrededor de su cadáver» (Séneca).

374. Sé desprendido. «La codicia rompe el saco», y «quien más tiene más quiere» (Refrán). ¿Para quién amontonas? Job dijo: «Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo tornaré allá (1,21).

375. ¿Quieres ser rico? Pues no te afanes

en aumentar tus bienes, sino en dominar tu codicia (Epicuro). Piensa que la Escritura Santa nos revela que la avaricia es un pecado grave, por cuanto «ni los avaros poseerán el reino de Dios» (1 Cor. 6,10).

3. Lujuria o impureza

376. La lujuria es un apetito desordenado de deleites carnales. Este es un pecado torpe que envilece, degrada y esclaviza. La pérdida de la pureza trae la pérdida de la paz y de la alegría, la ceguera espiritual, la incredulidad y el olvido de Dios.

377. San Pablo dice: Andad en el espíritu y no deis satisfacción a la concupiscencia de la carne... Ahora bien, las obras de la carne son manifiestas, a saber: fornicación, impureza, lascivia, idolatría... embriagueces..., quienes tales cosas hacen no heredarán el reino de Dios (Gál. 5).. ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?... Huid de la fornicación (1 Cor. 6,15-18).

378.. El que se entrega a la impureza, se verá en la vergüenza; la podredumbre y los gusanos serán sus herederos..., y su alma será separada del libro de la vida (Eclo. 19,3).

379. El más espantoso castigo que ha experimentado el mundo, es el diluvio; y ¿qué atrajo el diluvio de la tierra? La impureza de los hombres. Toda carne estaba corrompida, y para la tierra del vicio impuro, Dios envió el diluvio de agua... (Gén. 6).

380. ¿Quién hizo caer sobre Sodoma y Górra la lluvia de fuego y azufre? La impureza... Aquellos grandes pecados impuros clamaban al cielo (Gén. 19,24).

381. Se impone la lucha contra la impureza, porque mientras ésta esclaviza, la pureza ennoblece y eleva. Las almas puras son amables, alegres y caritativas. Esta virtud exige huir de las ocasiones peligrosas y reclama la mortificación de los sentidos.

382. El que empieza a entregarse al vicio de la impureza, empieza también a alejarse de la fe (S. Ambrosio). Este pecado «aleja al hombre infinitamente de Dios» (Santo Tomás). El hombre impuro en vez de espiritualizar su cuerpo, materializa el alma (S. Agustín).

383. ¿Qué queda a los lujuriosos después de haber satisfecho la pasión? La vergüenza, la confusión y el arrepentimiento. Se impone el ser hombres de carácter, hombres de fuerza de

voluntad para levantarse y no volver a caer en el pecado, y esto lo conseguirán queriendo y luchando y frecuentando los sacramentos para que Dios les auxilie con su gracia.

4. Ira

384. La ira es un apetito desordenado de venganza. La ira es una fiera que puede dormirse. La ira origina disputas, calumnias, blasfemias, maldiciones, y lleva sobretodo a la maldad, a la venganza, al homicidio.

385. La ira destruye el encanto de la sociedad, rompe la concordia, quita la luz de la verdad y hace desaparecer el brillo que el Espíritu Santo derrama en el alma (S. Gregorio M.).

386. No verás a un hombre a quien haya dominado la ira que después no condene altamente su proceder... Piensa que no es dueño de sí mismo el que injuria, sino que está loco, y no te molestarán los insultos (S. J. Crisóstomo).

387. Es preciso considerar la fealdad de la ira, porque ella hace perder el uso de la razón... Plutarco invita al hombre enfurecido a que se contemple en un espejo y en su conduc-

ta; viendo que su rostro y sus acciones se parecen a los de un frenético, tendrá aversión a la cólera y la evitará.

388. Platón dijo: El hombre sabio y cuerdo se conoce en que cuando lo vituperan, no se enfada, y cuando lo alaban, no se enorgullece; pero el insensato es esclavo de la cólera. Las causas de la ira, son: la pérdida de la fe, la mala educación, el orgullo...

389. A la ira hemos de oponer la paciencia y la mansedumbre, virtudes que nos hacen amables a Dios y a los hombres. «La respuesta suave quebranta la ira, mas una palabra áspera enciende la cólera (Prov. 15,1). La palabra dulce multiplica los amigos y aplaca a los enemigos (Eclo. 6,5).

390. El tardo a la ira es prudente, el pronto a la ira comete locuras (Prov. 14,29). El iracundo promueve contiendas, el que tarde se enoja aplaca rencillas (Prov. 15,18).

391. Mejor es el ánimo calmo que el irascible. No te apresures a enojarte, porque la ira es propia de los necios (Ecl. 7,8). La envidia y la cólera abrevian los días, y los cuidados traen la vejez prematura (Eclo. 30,26).

5) Gula

392. La gula es un apetito desordenado de comer y beber. Los excesos de la mesa originan el embrutecimiento, la lujuria, enfermedades, riñas, embriaguez...

393. La Escritura Santa nos dice: Los excesos de las comidas producen enfermedades, y la ansiedad produce la cólera. Muchos han muerto por la intemperancia, y el hombre sobrio prolonga la vida (Prov. 37,33s).

394. Con poco le basta al hombre bien criado, y así no se siente molesto en su lecho. Sueño tranquilo es el del estómago no cargado, se levanta por la mañana dueño de sí. Dolor, insomnio, fatiga y retortijón son la parte del intemperante (Eclo. 31,19-24).

395. La gula destruye el cuerpo y el alma (S. Jerónimo). Hemos de servirnos de las cosas temporales por la necesidad antes que por el gusto, para que merezcamos gozar de las cosas eternas (S. Agustín).

396. El vino y las mujeres hacen apostatar a los sabios (Eclo. 19,22). Lujuriosa cosa es el vino, y llena está de desórdenes la embriaguez; no será sabio quien se entregue a ella (Prov. 20,1).

397. Mientras la gula es madre de la lujuria, la sobriedad o moderación en el comer y beber es madre de la salud, de la sabiduría y de la santidad. Tengamos presente el dicho de Séneca: «Hay algunos que viven para comer; pero yo como para vivir».

398. Interesante es también este dicho de un filósofo: «Cuando estéis en la mesa considerad que tenéis dos convidados: el cuerpo y el alma. Acordaos de que lo que dáis a vuestro cuerpo desaparecerá pronto, mientras que lo que dáis a vuestra alma, durará siempre». (Véase «Embriaguez» y «Sed sobrios».)

6) Envidia

399. *Envidia*, es un pesar del bien ajeno, «es el odio por la felicidad de los demás» (S. Agustín). Este es un pecado mezquino y miserable, la más baja y odiosa de todas las pasiones; y de ella nacen el odio, la ira y la venganza... Ejemplos: Caín..., los hermanos de José...

400. No tengas envidia del malvado ni desees ponerte en su lugar, porque su corazón maquina la ruina y sus labios no hablan más que para dañar (Prov. 24,1-2). La envidia es carcoma de los huesos (Prov. 14,30).

401. Por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo (Sab. 2,24). «La envidia es invención de Satanás» (S. J. Crisóstomo). El envidioso tiene los ojos enfermos; todo lo que es brillante y hermoso, le ofende y le daña; está agitado, atormentado por la gloria y la virtud de los demás.

402. La envidia es raíz de todos los males, el manantial de las disputas y pleitos, el arsenal de todos los crímenes y la materia de todos los desórdenes. La envidia mata el temor de Dios... (San Cipriano).

403. No habites en lugar donde ves que otros te tienen envidia, porque allí no aprovecharás (Abad Poemen). Una de las venganzas de la envidia consiste en «alabar a otro» (Gar-Mar).

404. Preguntaron a Sócrates qué es lo que es dañoso a los buenos y atormenta a los malos, contestó: «La felicidad de los malos es dañosa a los buenos; y la prosperidad de los buenos atormenta a los malos con la envidia».

405. La envidia es una gran enfermedad, y hay que destruirla con la dulzura y la caridad, con el desprecio de la gloria y de los bienes temporales y el deseo de los bienes eternos.

San Agustín dice: «Grande es el hombre que doma la envidia por medio de la caridad».

7) Pereza

406. *Pereza* es un caimiento de ánimo en el bien obrar; es como un apetito desordenado de reposo. El agua que se estanca no corre, se corrompe... La ociosidad es madre de todos los vicios.

407. El perezoso es un ser inútil. ¿Para qué sirve su vida? Es la higuera estéril del Evangelio, que inútilmente ocupa la tierra... El campo del perezoso está lleno de ortigas...

408. Ve, oh perezoso a la hormiga, mira sus caminos y hazte sabio..., se prepara en el verano su mantenimiento, reúne su comida al tiempo de la mies... Ve a la abeja, y aprende cómo trabaja y produce rica labor... ¿Hasta cuándo, perezoso, dormirás, cuándo despertarás de tu sueño?... (Prov. 6,6-11).

409. La ociosidad enseña muchas maldades (Prov. 33,29). El perezoso se hace indigno de la existencia, y como al árbol sin fruto hay que decir: «¿Para qué ocupar terreno en balde?».

410. Hay tres modos de no hacer nada: 1.º Estar ocioso. 2.º No hacer lo que debiera hacerse o hacer lo que no debiera hacerse. 3.º Hacer mal lo que se hace.

411. La pereza trae la ignorancia... ahuyenta los buenos pensamientos, los buenos deseos, las luces, la gracia, la virtud y todos los bienes (S. Crisóstomo).

412. El tiempo actual es tiempo de trabajo. La eternidad será el día del descanso y premio eterno. «Ocupaos siempre en algo para que el maligno espíritu no os encuentre ociosos».

413 La historia del perezoso se refleja en estas palabras «quiere y no quiere». Los que se limitan a decir «querrían» son los que en realidad no quieren, porque no ponen los medios para serlo. ¡Cuántos santos «en futuro», pero pecadores en realidad! «El hombre recogerá lo que haya sembrado» (Gál. 6,7-8).

Ejercitemos la caridad cristiana

Voy a terminar este pequeño trabajo recordando las «obras de misericordia». Sabido es que el cristiano tiene por mandamiento principal el amor, y no sólo el amor a Dios, sino

también el amor al prójimo. Notemos que la caridad tiene estos dos campos íntimamente unidos entre sí: amar a Dios sobre todas las cosas y amar en Dios y por Dios al prójimo como a nosotros mismos.

414. Dios ha dejado en la tierra miserias para que haya en ella hombres misericordiosos (San Agustín). Deber, pues del cristiano es ejercer la caridad y la misericordia. Notaremos también que no es lo mismo *caridad* que *misericordia*. La caridad es un concepto más amplio, es amor a Dios y al prójimo; la misericordia se dirige al prójimo.

415. Las obras de caridad que los hombres practican para socorrer al prójimo en sus miserias y necesidades son las llamadas «obras de misericordia».

Las siete obras de misericordia espirituales son:

1.^a *Enseñar gratuitamente* el Catecismo y cualquier estudio al que no sabe.

2.^a *Dar buen consejo* a los equivocados, a los que van por mal camino, aconsejar el bien moral...

3.^a *Corregir al que hierra*. Los padres y educadores deben hacerlo por justicia a sus niños, pero los amigos y todos debemos hacerlo por caridad. Si te advierte alguno tu falta, dale

las gracias, y no te enfades, pues el enfadó debe ser contra ti que eres el culpable...

4.^a *Perdonar las injurias*. Siempre hay que perdonar. Recuerda la petición del Padrenuestro: «Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos...»

5.^a *Consolar al triste*, al que se ve despreciado, al calumniado, al que ha perdido un ser querido o su fortuna...

6.^a *Sufrir con paciencia*. Debemos sufrirmos unos a otros porque todos tenemos faltas...

7.^a *Rogar a Dios por los vivos y los muertos*. Es obra muy cristiana y una gran limosna espiritual...

416. *Las siete obras de misericordia corporales son:*

1.^a *Visitar a los enfermos*, en los hospitales, en su domicilio, a los pobres especialmente, y ayudarles si es preciso con medicinas o como se pueda.

2.^a *Dar de comer al hambriento*, o darles dinero para comprar alimento...

3.^a *Dar de beber al sediento*. Esto se nota en países como el Oriente, por ser muy grande el calor y se siente una sed abrasadora...

4.^a *Redimir al cautivo* o poner fianza para que un preso salga de la cárcel.

5.^a *Vestir al desnudo*, al que no tiene traje para vestirse con decoro o defenderse del frío...

6.^a *Dar posada al peregrino* o buscarle albergue, viéndole necesitado...

7.^a *Enterrar a los muertos*. Tobías es modelo de esta obra de misericordia. Incluye también velar a los difuntos y asistir a sus funerales...

417. Estas obras se llaman de «misericordia» porque de suyo, no se deben de justicia. Ejemplos: Si uno tiene que pagar una deuda o salarios debidos, el educar a sus hijos, el enseñar de los maestros, etc., estas son obras de *justicia*, y el que las hace está obligado a hacerlas; mas para otros el dar limosna o hacer las obras dichas es cosa libre, pero está bien hacerlas por *caridad*, y sobre todo cuando hay casos a los que no llega la justicia.

418. El Santo Maestro Juan de Avila decía: «Hoy se ponderan mucho las obras de misericordia corporales y nada las espirituales. No hay ojos para ver los daños del alma. Peor es ver a un hombre en pecado que verle muerto de hambre y de sed, desnudo y enfermo. Las verdaderas miserias son el pecado, y las otras sin él, no lo son».

419. Amemos a quienes nos odien o hagan mal. Haz bien y no mires a quien. Odiemos el pecado, pero amemos al pecador. El venerable

Liebermann se encontró un día por las calles de París con un hombre, que se paró delante de él y a modo de latigazo le lanzó estas palabras: «¡Ah cura, si supieras cuánto te odio!». *Liebermann* le contestó con suavidad: «Amigo, si supiese usted cuanto le amo».

420. Seamos comprensivos con nuestro prójimo. *Comprensión* es juzgar al prójimo poniéndose en su lugar, en sus circunstancias, en su mentalidad... ¿Qué haría yo en su puesto? Tal vez con su pobre entendimiento, con su poca formación, con sus pasiones..., yo sería peor y hubiera obrado peor que él. Por esto debemos transigir, disculpar, ser más considerados, más indulgentes, más caritativos...

INDICE

PRESENTACION	3
PENSAMIENTOS SALUDABLES	5
Aprende a vivir	5
¿Qué es nuestra vida?	9
Procura ser amable	11
Sé noble y puro de corazón	14
Sed sobrios	16
Evita la embriaguez	19
Tus diversiones	22
No seas pesimista	24
Sé hombre de carácter	26
Fortifica la voluntad	28
El dominio de sí mismo	31
Evita el escándalo	33
Vence el respeto humano	36
El apostolado del bien y del buen ejemplo ...	38
Apostolado de la buena prensa	41
Apostolado de la oración	43
Más testimonios sobre el valor de la oración .	46
Apostolado del sufrimiento	52
Trabaja... no estés ocioso	61
Emplea bien el tiempo	64
Pensemos en la eternidad	68
No pierdas la juventud	69
Respeto a los ancianos	73
Pensamientos sobre las riquezas	74
Pensamientos sobre la limosna	80
Haz bien a todos	85
Evita los pecados de la lengua	90
Estudia para ser sabio	94

PECADOS CAPITALES	97
1) Soberbia	97
2) Avaricia	99
3) Lujuria o impureza	101
4) Ira	103
5) Gula	105
6) Envidia	106
7) Pereza	108
Ejercitemos la caridad cristiana	109